

J. A. CABERO

HISTORIA
de la
CINEMATOGRAFIA
ESPAÑOLA

1896-1949

Res
473

Madrid

JUAN ANTONIO CABERO

HISTORIA
DE LA
CINEMATOGRAFIA ESPAÑOLA

1896 - 1949

GRAFICAS CINEMA
MADRID

IDAD DE SEVILLA



0424777

PREAMBULO

GRAN nervosismo experimentaba el panorama español en las postrimerías del siglo XIX, para que el advenimiento del cinematógrafo, en nuestra Patria, encontrara la amable y feliz acogida que era de esperar.

Y no porque a este pueblo admirable le flaqueara el ánimo ante las adversidades más profundas, que no eran pocas, sino porque su temperamento optimista y jovial —herencia de todos los tiempos—, se sobreponía a todo, y a la catástrofe matinal del día, que llenaba de espanto al mundo, condoliéndose de nuestra desgracia, dábamos nosotros la réplica asistiendo por la tarde a la plaza de toros para presenciar una faena de Lagartijo, el toero del día, o a solazarnos en la cuarta de Apolo ante las majezas de Emilio Mesejo, el actor cómico más en boga de aquella fecha.

Porque la España de hace medio siglo, se reconcentraba en su Capital, un Madrid muy chiquitito y alegre, amable y acogedor como ninguna otra ciudad del mundo, donde todo provinciano, inquieto y ambicioso, era recibido con los brazos abiertos, preparándole el camino para que triunfara luego.

¡Madrid del año 90! Bullicio, algarabía a todas horas, pregones populares, organillos, verbenas, majeza, sentimentalismo...

En sus «peñas» cafeterías, famosas desde tiempo inmemorial, se «resolvía» cada noche el «porvenir» de España; con la misma facilidad que si se liara un pitillo.

Antes de entrar en materia, quisiéramos echar una ojeada por el último decenio del pasado siglo, para que el lector que lo desconozca, pueda formarse idea de los elementos artísticos con que tuvo que enfrentarse el cinematógrafo hasta lograr introducirse, ya que fué el de mayor esplendor, no solamente por lo que respecta al arte dramático, sino que también al llamado «género chico» o zarzuelas en un acto.

Pero ya que cosas adversas y frívolas, apuntábamos antes, justo y lógico será justificarlas un poco; que las malas noticias vayan por delante, y quédese el optimismo para que sirva de broche a esta ligera expansión del autor.

Llevaban las riendas del Gobierno, de manera alternativa, Cánovas y Sagasta. Los asuntos de Cuba, Filipinas y aun Africa, iban de mal en peor. Nuestro protectorado en el vecino Continente, tras dorosas escaramuzas, lográbamos dominarlo de cuando en cuando, pero la perla de las Antillas y el archipiélago filipino hubieron de perderse después de varios años de lucha.

Otras tragedias hondas se dejaron sentir, entre las que figuraban la explosión del «Machichaco» en Santander y el naufragio del «Reina Regente», a su regreso de Tánger, desapareciendo con el barco más de cuatrocientas personas.



Isabel Bru



Ruperto Chapí



Matilde Pretel

laguer, Ramírez, Santiago, Morano..., y los éxitos que más fama les dieron eran *Zaragüeta* y *La Praviata* de Ramos Carrión y Vital Aza. La fama de perfección con que se representaban estas comedias llegó hasta Palacio, y tanto en el regio Alcázar como en la mansión de la infanta Isabel, la compañía de Lara interpretó varias obras de su repertorio.

Eslava obtenía un gran éxito lírico con *El tambor de granaderos*, triunfando plenamente Isabel Bru, conducida del brazo del maestro Chapí. La obra debía de ser estrenada por Matilde Pretel, a la sazón en el teatro de la Zarzuela, pero hubo pleito y no la dejaron salir de la compañía, a lo que debió la Bru su rápida popularidad.

Emilio Mario, que tenía puestas sus esperanzas en un autor novel que le habían recomendado, presentaba en la Comedia *El nido ajeno*. Su autor era don Jacinto Benavente, al que tantos éxitos le aguardaban para gloria del arte dramático español.



José Echegaray



Carmen Cobeña



Jacinto Benavente



Ricardo Calvo



Matilde Moreno



Francisco Morano

Dos nuevas obras líricas captaban el interés del público: *La Dolores*, del maestro Bretón, cantada por Simonetti, y *Cádiz*, de Chueca y Valverde.

En Barcelona destacaba un joven galán con un gran drama; el galán: Enrique Borrás, y el drama: *Tierra baja*, de Guimerá, que tantas veces había de hacerse centenario. Su estreno en el teatro Español de Madrid, con María Guerrero, Concha Ruiz, Felipe Carsi y Donato Jiménez, confirmó el éxito.

Sarasate, pleno de facultades, conquistaba el mundo al son de su violín.

Joaquín Dicenta estrenaba en la Comedia su drama *Juan José*, interpretado por Emilio Thuiller, Julia Martínez, Nieves Suárez, Vallés, Balaguer y Amato. Centenaria se hubiera hecho la obra, pero el abono de la Comedia no estaba muy de acuerdo con su argumento, y la empresa, ante el peligro de malograr tan buen negocio, organizó una nueva compañía para el teatro Alhambra, a base de Nieves Suárez y Miguel Muñoz, en plan popular, y continuó el éxito largo tiempo.

En el teatro Español tuvo lugar un acontecimiento artístico. Con motivo de una fiesta benéfica, la insigne trágica Sara Bernhardt que actuaba en el teatro de la Princesa, tomó parte en esta función interpretando, en unión de María Guerrero, en francés, un acto de la obra *La esfinge*, de Fenillet, que causó gran sensación. Sara Bernhardt, emocionada, besó y abrazó ante el público a nuestra compatriota y las lágrimas y los aplausos del público hicieron lo demás. Después, María Guerrero, madrileña cien por cien, recitó cuentos en valenciano, cual consumada huertana.

El maestro Chapí estrenaba en la Zarzuela *Mujer y reina* último libro de Pina Domínguez.

D. José Echegaray alcanzaba un éxito resonante con su drama *Mancha que limpia*, en el Español, interpretado por María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y Ricardo Calvo que falleció poco después.

Leopoldo Alas «Clarín», en este mismo teatro, presentó su obra *Teresa* la cual, a pesar de los esfuerzos de María Guerrero y de toda la compañía, no lograron llevarla a buen puerto. ¡El batallador crítico tenía tantos enemigos, fustigados por él

en sus críticas, que vieron una oportunidad de vengarse! Sin embargo la obra se hizo por provincias y pasó.

Feliu y Codina daba a María Guerrero una nueva oportunidad para lucir su talento con *María del Carmen*.

Antonio Vico, a su regreso de América, ya en decadencia de facultades, se presentaba en la Zarzuela, en pleno verano, con el drama de Dicenta Juan José, y los llenos que consiguió hicieron época.

Los populares saineteros López Silva y Fernández Shaw, estrenaban en Apolo *Las bravías*, con música de Chapí, que fué un gran éxito, en el que colaboraron: Isabel Bru, Luisa Campos, Manolo Rodríguez y los Mesejo.

Otro tanto ocurría en la Zarzuela con *El padrino del nene*, de Julián Romea y el maestro Caballero, en cuya obra lucieron su arte Lucrecia Arana, Concha Segura, Moncayo y Gonzalito, que se popularizó en esta zarzuela con el apodo de Chavito.

D. Benito Pérez Galdós, estrenaba *Doña Perfecta*, en la Comedia, que interpretaron magistralmente María Tubau, Nieves Suárez, Thuiller, Mario y Balaguer.

También actuó en este teatro la compañía de Novelli, cuyo actor, como recuerdo de su despedida de España, interpretó el cuadro dramático de Eugenio Sellés, titulado *Los domadores* y fué muy aplaudido.

En la Zarzuela se estrenaba *La viejecita* de Miguel Echegaray y el maestro Caballero; un acontecimiento lírico, en el que llevó la mejor parte Lucrecia Arana, triunfando asimismo Concha Segura, Romea, Orejón, Sigler y Moncayo.

Con un éxito de carácter extraordinario, se estrenó en el teatro Príncipe Alfonso, instalado en el paseo Recoletos, próximo a Génova, el sainete *Agua, azucarillos y aguardiente*. Claro que al chispeante libro de Miguel Ramos Carrión y a la inspirada y populachera música de Federico Chueca, se unía un conglomerado de estrellas y castros de primera magnitud entre los que figuraban: Joaquina Pino, Isabel Bru, Clotilde Perales, Manolo Rodríguez, Julio Ruiz y Emilio Mesejo.



Miguel Ramos Carrión



Joaquina Pino



Federico Chueca

Pues a pesar de todo, si hemos de creer a las plumas autorizadas de la época, el éxito fué [mediano]

Poco tiempo después, en la famosa «catedral» del género chico se estrenaba *La revoltosa*, de López Silva y Fernández Shaw. El libro era un sainete más, ni mejor ni peor, pero la música de Chapí constituyó un éxito tan de clamor que llegó a emocionarse al famoso músico francés Saint-Saëns que había venido a Madrid con motivo de presentarse en el Real su ópera *Sansón y Dalila*. Saint-Saëns abrazó después del estreno, al maestro Chapí y le calificó de músico de primer orden. ¡No se equivocaba, no! En la obra tomaron parte Isabel Bru, Luisa Campos, Pilar Vidal, Carreras, Mesejo, Ontiveros y Eliseo San Juan.

Acontecimiento lírico, en el teatro de la Zarzuela, fué el estreno de *Gigantes y cabezudos*, de Miguel Echegaray y el maestro Caballero.

Se había hablado tanto de esta zarzuela, que la empresa la presentó con miedo, por temor a que defraudara el reclamo hecho.

Llegó el estreno. La Prensa se mostró severa, restando méritos a la obra, conceptuándola como una zarzuela más. Como demostración de lo fino que se hilaba en aquel tiempo respecto a críticas, un diario matutino dijo: «...dígase lo que se quiera *Gigantes y cabezudos* no podrá figurar nunca, a pesar de sus méritos musicales, como obra destinada a eternizarse en los carteles...»

¡Buena profecía! La obra se estrenó el 29 de noviembre de 1898 y se representó, sin cesar, hasta fin de mayo de 1900. Así, año y medio.

La interpretación corrió a cargo de Lucrecia Arana, Nieves González, Julián Romea, Manuel Guerra, Gonzalito y Emilio Orejón.

Para beneficio de Thuiller se estrenó la comedia de Benavente *La gata de Angora* que no gustó y su autor la retiró del cartel al segundo día.

En Price premió el público con su aplauso *La cara de Dios*, de Arniches y Chapí. Por cierto que a falta del primer actor que la obra precisaba, D. Carlos Arniches obtuvo de la empresa de Apolo el préstamo de José Mesejo.

La Cortijera, de Manuel Paso y Joaquín Dicenta, con música de Chapí, fué



Manuel F. Caballero



Lucrecia Arana



Julián Romea



Matilde de Lerma



María Álvarez Tubau



Ascensión Miralles

muy bien acogida, distinguiéndose en la interpretación las señoritas Domingo, Galán y Silvestre, y de ellos, Valentín González, Figueroa, Gamero y Soler.

La muela del juicio, de Ramos Carrión, y *Sala de armas*, de Vital Aza, en la «bombonera» triunfaron con la colaboración interpretativa de Balbina Valverde, Nieves Suarez, Clotilde Domus, Mariano Larra, Balaguer, Valle, José Santiago, Ramírez y Francisco Morano.

En el teatro Cómico, Matilde Rodríguez con Rafaela Lasheras y Rubio estrenaban *La reja*, de los hermanos Álvarez Quintero, «los niños» como los llamaban entre bastidores a causa de su juventud.

Apolo reanudó sus éxitos con *El santo de la Isidra*, de Carlos Arniches, con música del maestro Torregrosa, *Pepe Gallardo*, de Guillermo Perrín, Miguel Palacios y Chapí, y *La chavala*, de López Silva, Fernández Shaw y maestro Chapí.



Serafín A. Quintero



Concha Catalá



Joaquín A. Quintero



Sinesio Delgado



Inés Salvador



Emilio Carreras

Benavente estrenaba en la Comedia *La comida de las fieras*, con Carmen Cobena y Agapito Cuevas. Se discutía mucho el teatro de D. Jacinto porque no se sujetaba a ninguna norma: era un teatro reformista, pero al público le gustaba, y a otra cosa.

Joaquín Dicenta, Manuel Paso y Chapí estrenaban *Curro Vargas*.

En el Real, D. Tomás Bretón presentó su ópera *Raquel*, cantada por Matilde de Lerma y Florencio Constantino. La obra tuvo un gran éxito.

Arniches y el maestro Torregrosa estrenaban en Apolo *La fiesta de San Antón*, que se hizo centenaria en el cartel. Como intérpretes principales figuraban Isabel Bru, las señoras Perales, Vidal y Rodríguez, y los señores Mesejo, padre e hijo, Carreras y San Juan.

Como dato curioso queremos consignar que de «Chico de la taberna» debutó un chavalillo que con el tiempo había de adquirir popularidad; era Faustino Bretaña.

Otro éxito de Lara fué *El patio*, de «los niños», donde se lucieron todos.

Un gran acierto fué la presentación en Apolo de *El galope de los siglos*, letra de Sinesio Delgado y música del maestro Chapí, de la que fueron principales intérpretes Joaquina Pino, Isabel Bru, Pilar Navarro, Manolo Rodríguez, Emilio Carreras. Se estrenó a beneficio de la Compañía pero quien recogió el fruto fué la Empresa, pues se mantuvo en cartel toda una temporada.

En este mismo teatro estrenaban Matilde Pretel y Manolo Rodríguez la obrita de los Quintero *El motete*, que fué la revelación del maestro José Serrano.

Eslava consiguió un éxito rotundo con *La alegría de la huerta*, de Antonio Paso, García Álvarez y Chueca, tomando parte Concha Segura, Riquelme, Gil, Ripoll, González y García Valero.

A poco se presentó en este mismo escenario la primera obra lírica de Benavente *Viaje de instrucción*, con música de Vives que fué un éxito de Leocadia Alba y un fracaso para D. Jacinto, a causa del tema escabroso de la obra.

En Novedades triunfaba Cepillo con *Tierra baja*.

Gran éxito del tenor Julián Biel, en los teatros Real, Moderno y Buen Retiro,

En un teatrillo de madera que se levantó, el año 1897, en la calle Juan de Mena, titulado Eldorado, que pronto había de ser pasto de las llamas, se estrenó la zarzuela *El barquillero*, original de los autores Jackson Veyan, López Silva y Chapí, cuyos principales intérpretes eran Amparo Taberner, Leocadia Alba, Ascensión Miralles, los Mesejo y San Juan. Tan gran éxito obtuvo que al terminar el teatro su temporada veraniega pasó la obra a Apolo donde se hizo centenaria.

Carlos Arniches y Celso Lucio, con la colaboración musical del maestro Chapí, estrenaban en Apolo *María de los Angeles*, obteniendo un gran éxito la obra y su protagonista Manolo Rodríguez.

En el Español estrenaba José Echegaray su drama *El loco Dios*, interpretado magistralmente por María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza, señoras Conchita Ruiz y Cancio y los señores Amato, Carsi, Cirera y Calle.

A continuación, en este mismo teatro, se estrenaron *La hija del mar*, de Angel Guimerá; *Nerón*, de Juan Antonio Cavestany; y, *La pena*, drama en un acto de los hermanos Álvarez Quintero.

Vital Aza estrenaba en Lara *El afinador*, que fué un triunfo para Nieves Suárez, Clotilde Domus, Balaguer, Ponzano, Santiago y Vigo.

Una gran acogida obtuvo en la Zarzuela *El guitarrico*, libro de Pascual Frutos y música de Pérez Soriano, siendo sus principales intérpretes Lucrecia Arana, José Sigler, José Moncayo y Ruiz de Arana.

Otro tanto ocurría en el mismo teatro con el estreno de *La barcarola*, de Eugenio Sellés, con música de los maestros Caballero y Lapuerta, de la que fueron intérpretes Lucrecia Arana, Sigler, Moncayo y Francisco Morano, que a petición del autor se encargó del recitado de unos versos.

Salvador María Granés, cuya especialidad, además de sus sátiras, eran las parodias de obras célebres, estrenaba en el teatro de la calle Jovellanos *La golfemia*, inspirada en la ópera de Puccini *La bohème*, en colaboración con el maestro Arnedo. En la obra tomaron parte Carlota Sanford, Lucrecia Arana, Sigler y Moncayo.

El Real, en todo su apogeo, bajo la dirección del maestro Campanini, presentaba *Tosca*, pasando por su escenario artistas de tan justa fama como María Barrientos, Fidela Gardeta, y los Sres. Biel, Viñas, Palet, Delmas, Verdaguer y Vidal.

El Español presentaba *Electra*, de Galdós, interpretada por Matilde Moreno, Fuentes, Echaide y Ricardo Valero.

Los hermanos Álvarez Quintero estrenaban en la Comedia *Los Galeotes*, con Rosario Pino, Matilde Rodríguez, Concha Catalá, Vallés, La Riva, García Ortega Mendiguchia y Rubio.

En la Zarzuela se estrenó *La Tempranica*, de Julián Romea y Jerónimo Jiménez, obra de la que se venía hablando hacía un año, y no defraudó al público. La protagonista era Concha Segura pero el éxito fué para Julita Mesa. Como consecuencia de lo cual, la Segura se despidió de la compañía, sustituyéndola Matilde Franco que salió muy airosa de su papel.

También estrenó este mismo teatro *La balada de la luz*, original de Eugenio Sellés con música del maestro Vives, interpretada por Lucrecia Arana y Pepe Sigler.

En Martín se daba a conocer una estrella que había de brillar con luz propia en el firmamento revisteril: Julia Fonis, que interpretó *Los maletas*, de Torres Moles, música de Prudencio Muñoz, bajo la dirección de Francisco Barrycoa.

Antes de poner punto final a estas líneas, queremos patentizar el recuerdo de una popularísima actriz que por espacio de más de medio siglo fué el ídolo de chicos y grandes, y en cuyo decenio reflejó y justificó su talento excepcional en el escenario. Nos referimos a Loreto Prado, quien en compañía de Enrique Chicote, lograron alegrar la vida a dos generaciones de españoles.

Quizá pocos conozcan las circunstancias por las cuales la admirada artista se dió a conocer al público madrileño.

Era junio del año 1886. El famoso hombre de negocios Felipe Ducazcal, propietario y empresa del teatro Felipe, instalado junto a los Jardines del Buen Retiro, próximo a la Cibeles, estaba pasando por el amargo disgusto de no poder estrenar la zarzuela *El oro de la reacción*, original de Francisco Flores García, música del maestro Caballero, a causa de que la primera tiple, por un desengaño amoroso con otro actor de la compañía, acababa de ingerir el azufre de varias cajas de cerillas, quedando en mal estado. Pero Ducazcal era hombre de recursos, aunque descabellados muchas veces, que por algo repetía la gente con frecuencia: «Cosas de Felipe», justificándolo el caso de que, siendo empresario del teatro Apolo, tuvo un altercado con el popular actor Julio Ruiz y le despidió de la compañía en pleno éxito de la zarzuela *Cádiz*, en la que el citado artista interpretaba un papel de mulato, el cual fué sustituido por un criado de Ducazcal, negro auténtico que jamás había pisado un escenario, logrando salir del compromiso.

En el caso que nos ocupa tuvo más suerte el popular empresario, pues habiéndole echado la vista a una de las chicas meritorias que prometía, ni corto ni perezoso le encomendó el papel destinado a la primera actriz, con gran sorpresa de los autores, logrando la improvisada tiple un éxito tan legítimo que en una sola hora subió los escalones que la separaban de aspirante o primerísima figura.

La artista era Loreto Prado.

Este es, a grandes rasgos, el ambiente artístico en que Madrid se desenvolvía a finales del siglo pasado, cuando el cinematógrafo hizo su aparición. ¿Era fácil vaticinar su futuro ante tan poderosos elementos? Pronto lo verá quien tenga la paciencia de leer las jornadas que siguen.



Loreto Prado